

asegura en un artículo de ese mismo año, 1973, de "Fantasy and Science Fiction": "Bien, maldita sea, Asimov no usa drogas ni bebe whisky escocés, y nunca lo hizo. Asimov es un adicto al té...".

Si es verdad, en cambio, que contempla fenómenos astrofísicos desde trasatlánticos (y hace muy bien). En la misma revista,

junio 73, cuenta cómo vio el lanzamiento del Apolo XVII ("la lucérnaga más gigantesca de la creación") desde la cubierta del "Statendam", a once kilómetros de Cabo Kennedy.

Ocho trabajos de Asimov en "Fantasy and Science Fiction" aparecen ahora reunidos en "Asimov/Ciencia", libro de bolsillo editado por Bruguera con

introducción de Carlo Frabetti (2).

Cualquiera de ellos daría para un largo comentario. No son relatos de ciencia-ficción, sino artículos científicos con mucha

(2) Asimov: "Ciencia". (Los mejores artículos científicos del maestro de la ciencia-ficción). Bruguera, Libro Blanco 1511-13, 190 páginas, 150 pesetas. Barcelona, 1979. Traducción de César Terrón. Selección de Carlo Frabetti.

imaginación y no poca gracia. Asimov escribe con soltura, en un estilo que a veces recuerda a Baroja. Expone con claridad, casi nunca cansa y el sentido común parece presidir todas sus reflexiones.



Isaac Asimov.

Los trabajos son variopintos: "El fenómeno Eureka" (Arquímedes, Kekulé, etc.). "El triunfo de la Luna" (nuestro satélite como madre de nuestra cultura). "La medida de lo más remoto" (el tamaño del Universo). "¡Oh, perspicaz adivino del futuro!" (predicción y ciencia-ficción). "La estrella de Belén" (eso mismo). "Razonando sobre la razón" (utilización social del coeficiente de inteligencia). El lector interesado en este tema puede ver "El cociente intelectual", Michel Tort, Siglo XXI, Madrid (1977). "Las astronaves fantasma" (ovnis) y "El corolario de Asimov".

Los adictos de Asimov encontrarán no pocos comentarios explicativos de su propia personalidad (por ejemplo: el maestro de la SF nunca viaja en avión), su forma de escribir, la SF, etc. Aquellos a quienes les importa un rábano la ciencia-ficción y aquellos a quienes incluso les molesta, nada tienen que temer.

■ V. M. R.

ADIÓS A LAS LETRAS

Los seudónimos

ME sugieren que me busque un seudónimo. No quiero. Estoy muy bien así. Cuando vivía en España me pedían que cambiara de residencia, que me trasladara. Una vez hecho esto, alejado de mis amigos y de mis enemigos, me indican que lo que debo hacer es cambiar de nombre.

En un tiempo lo pensé, pero ahora no me da la gana.

Entre los nombres que traté de ponerme para huir de mi identidad asilvestrada estaba el de Miguel de Unamuno, que es uno de los seudónimos más egoístas que a nadie pueda ocurrírsele, pero cuando traté de usarlo me dijeron que ya con ese apelativo suscribía sus artículos un profesor vasco radicado en Salamanca, así que abandoné el propósito.

Luego pensé llamarme Virginia Woolf, sobre todo desde que observé en el diario "El

Virginia Woolf.



Pais" que un tal Juan Cruz le adjudicaba, por las buenas, ciento veinte años de vida a la novelista anglosajona. Pero uno no debe cambiar tan radicalmente de identidad ni asociarse de ese modo con narradores tan longevos.

De modo que busqué otros nombres y me acerqué a las columnas de los periódicos para hallarlos. Entre los que expurgué, se hallaba, claro, el de Eduardo Haro Tecglen, pero quien lo utiliza me aclaró que ése ya es un seudónimo, y que si yo me lo apropié íbamos a confundir demasiado al lector, haciéndole creer que las idioteces caribeñas que a mí se me ocurren, salen también de su pluma. A los seudónimos hay que dejarlos tranquilos, únicos, sonoros, elegantes, solitarios. Si al lector se le confunde, terminará por romper la baraja.

Quise llamarme, asimismo, José María de Pereda, pero Rafael Conte —seudónimo, precisamente, de Pablo Corbalán— me informó que ya ése era el otro nombre utilizado para sus novelas por un pariente gris de Marcelino Menéndez y Pelayo. Buen seudónimo éste, por cierto, para escribir columnas en periódicos de formato largo y columna generosa.

Alternativas obvias a mi nombre habla, por supuesto, pero ninguna tan buenas como las que la prensa diaria me dio durante mi breve estancia madrileña de agosto. Observé muchos y muy atinados seudónimos, como los de Raúl Júcar, José Miguel Ullán, Jiménez Lozano, Fernando Savater, Víctor Márquez, Pedro Altares, Art

Butchwald, Francisco Umbral, e incluso Augusto Asista, aunque me dicen que este último escritor de cartas es el verdadero nombre de un granjero de La Coruña.

Cambiar de nombre lo hacen los escritores que precisan de un alter ego en el que albergar sus recónditas pasiones. Yo soy, claro, silvestre, fotográfico, como las aguas del Caribe. ¿Para qué volver al deseo de buscar un nombre mejor que el que tengo, si tampoco en el seudónimo iba a hallar el aposento de mi personalidad? Los nombres sirven para poner corchetes a los ojos. Los seudónimos sirven para entretejer la vista de nuestros enemigos, hasta que éstos descubren tu identidad y te ponen el nombre que quieren.

Yo, ante tal turbamulta de proposiciones acerca de la necesidad de mi cambio de nombre, sigo de realquilado en mi propio yo. ■ SILVESTRE CODAC.

Miguel de Unamuno.



Los seres imaginarios de Borges

La palabra precisa, la historia simple que da ocasión a que cada uno la sueñe como quiera es la

principal característica de "El libro de los seres imaginarios" (1), de Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero, colaboradora también del inolvidable "Martín Fierro" (1953) y del "Manual de zoología fantástica" (1957), tan cercano al que ahora comentamos. Este ensayo, si así se le puede llamar, es de lectura indispensable para comprender muchas claves de las ficciones borgeanas, y también las de cualquier autor perdido en un mundo de seres imaginarios.

Como el "Manual" antes citado, tiene el carácter de los bestiarios medievales. En él encontramos toda clase de seres y leyendas que la fantasía del hombre ha ido creando desde la antigüedad más remota. Extraños entes que, sobrepasando los límites de cualquier lógica racional, o del más espectacular tratado de zoología común, han perturbado el orden convencional de la realidad o de lo que se nos han hecho creer que es la realidad. Leyendas que aparecen y desaparecen, que se olvidan y son reinventadas de nuevo, dando lugar a múltiples versiones a lo largo de la historia en todas las geografías y épocas.

A veces se trata de versiones incorrectas y asustadas, de magnificaciones de diversos animales: como el Fastitocalón y el Zanatón, ballena y tortuga peligrosas para los marinos que desembarcan en ellas confundiendo con islas, o de extrañísimos híbridos como el Minotauro, mitad toro y mitad hombre, o el Borametz y la Mandrágora, en quienes se combinan el reino vegetal y el animal. Otros son fruto de imaginaciones portentosas, como la de Kafka o la de Poe. Y

también están los que tranquilizan con su presencia llena de augurios: el Shang Yang, pájaro del que se sirven los agricultores chinos para obtener lluvia —bebe el agua de los ríos y la deja caer luego en la tierra—, o el Lung —el dragón de Occidente, aquí invariable símbolo del mal y del terror—, que en la tradición oriental tiene toda clase de atribuciones divinas. Y así todo un desfile de fantasías que Borges, con su habitual ironía, nos pre-



Borges.

senta perfectamente documentados en fuentes en las que abundan toda clase de extraños títulos, propios de su pasión libresco.

Digamos por último que, en un breve y excelente prólogo, justifica Borges una vez más su idea de concebir el mundo como algo irreal, donde incluso la misma existencia de cada uno de nosotros sería algo bastante dudoso. Aunque en "El libro..." se ha limitado a lo que sugiere inmediatamente la locución "seres ima-

Signos de admiración:

Rafael Dieste y la Escuela Popular de Sabiduría (II)

Manuel Andújar (*)

La atonta y el llamado desencanto que tipifican las actividades —y pasividades— culturales españolas, durante esta etapa histórica, aún posfranquista, todavía epidérmicamente democrática, son al mismo tiempo causas y efectos de una discontinuidad de finalidades, de una confusión instrumental y de un grave deterioro de credibilidad. En cuanto a lo frívolo, implícito está...

Evidente, acusador el hecho de que un intelectual con las cualidades y saberes de Rafael Dieste, verbigracia..., que se dedica, sin aspavientos ni trompeterío, en su rincón coruñés, a trabajos poéticos, filosóficos, fabuladores, a redondear un hondo pensamiento literario y a una creación apuntalada en rigurosas indagaciones críticas, sea, pese a esfuerzos aislados, entre ellos el de estas columnas, poco menos que un desconocido en el ámbito nacional, al cabo de tantos años de labor cribada y perseverante, desde la revista "Hora de España" a su siembra profesoral y editorial por tierras de América y al incansante quehacer y acompañar que enaltece su reintegración a Galicia y denuncia la escandalosa irregularidad de que no se le hayan proporcionado el lugar, la oportunidad y los medios para llevar a cabo su fecundo magisterio.

Nunca —penosa esperanza— es demasiado tarde. Ni creo tan difícil se habiliten, en las afueras del Estado y sin particulares patronazgos reductores, los recursos que hagan viable un programa en que la capacidad de hallar actualizados y ágiles procedimientos expositivos y de general diálogo, y revisiones conceptuales, hallarían el deseado cauce. La inscripción y participación en la moderna Escuela Popular de Sabiduría (¡este sí que sería un constante homenaje a Antonio Machado y a su filial Juan de Mairena!) descartaría zarandajas de títulos y otros convencionalismos y especulaciones. En sus modestas y casi monásticas aulas —las sueño así—, todos los animados de actitud humanista, en nuestra dimensión temporal, sin discriminación de ninguna especie. En cierta proporción, a fijar, las clases serían públicas, abarcando, en lato sentido, a los alternativos profesores y alumnos.

La enseñanza en la Escuela Popular de Sabiduría habría de revestir, tal mi juicio intuitivo y que se limita a simple propuesta, un carácter económico en datos y generoso en planteamientos formativos, bien salpimentado de cordiales ironías y correctivas paradojas, de manera que cualquier deducción, antonomásticamente provisional, no encubriese alijo de doctrina y dogma. Y combinara la objetiva inducción informativa con el aliento de una también comedida desenvoltura.

El curso inaugural de la Escuela Popular de Sabiduría, regida en sus comienzos por Rafael Dieste y al que relevarían en el sugestivo empeño eminentes compatriotas de similar categoría legítima, podría ser cuatrimestral y nocturno. Las sesiones de seminario y las pláticas de aula se grabarían, constituyendo los materiales de una obra cuya edición y presuntos ingresos se destinarían, lo mismo que otras posibles y nítidas contribuciones, al funcionamiento de la anticatólica y dinámica asociación.

Hasta la saciedad sé de antemano que la constitución y pedagógica presencia de la Escuela Popular de Sabiduría, con sus preceptivos ingredientes utópicos, en el supuesto de que alcanzara los comunales objetivos apuntados, no habrían de resolver, ni siquiera parceladamente, los problemas letárgicos de nuestra cultura. Ni exime de sus responsabilidades en este terreno a la Administración —vocablo que no suele casar con la más leve versión de lo intelectual—. Ni descarta la ineludible obligación, con alteza de miras y desprendimiento de sectarismos, de los partidos políticos y centrales sindicales, ni desgrava de sus compromisos a los medios de comunicación, que tan precaria y apáticamente los palustran, ni descarga de su prestación social a las entidades privadas.

Para unos y otros, en un singular cometido y distintiva naturaleza, la moderna Escuela de Sabiduría será, demosla por verificada..., acicate y ejemplo, espejo de serena o turbia, emponzoñada conciencia. ■

(*) La primera parte de este trabajo, publicada en el número anterior de TRIUNFO, salió, por un involuntario descuido, sin la firma de su autor, Manuel Andújar.

(1) Jorge Luis Borges. "El libro de los seres imaginarios". Bruzguera Alfaguara.



FOC

guarios". Nos da en el prólogo, además, un sabio consejo para la lectura del libro: "Como todas las misceláneas, como los inagotables volúmenes de Robert Burton, de Fraser o de Plinio, 'El libro de los seres imaginarios' no ha sido escrito para una lectura consecutiva. Querríamos que los curiosos lo frecuentaran como quien juega con las formas cambiantes que revela un caleidoscopio". ■ RAFAEL M. CANSINOS.

PRENSA

"Zona Abierta"

La inminencia del congreso extraordinario del Partido Socia-

rio "El Socialista", esta publicación, dirigida por Fernando Claudín, nuclea su número veinte a la crisis del PSOE tras su vigésimo octavo congreso.

Una entrevista de Fernando Claudín con Felipe González en la que éste último reitera sus conocidas posiciones, un trabajo de José María Maravall analizando la experiencia socialdemócrata en Europa, un artículo de Ludolfo Paramó poniendo en cuestión el abuso del término socialdemócrata para caracterizar a la tendencia derechista del socialismo, un análisis crítico de Enrique Gomáriz de los trabajos del sociólogo José Félix Tezanos, un texto de Carlota Bustalo examinando la relación entre feminismo y socialismo, y un trabajo crítico de Antonio Santesteban que vincula la crisis con un determinado modelo organizativo,



Fernando Claudín.

lista Obrero Español es aprovechada por "Zona Abierta" para dedicar un número casi monográfico al debate socialista. Al igual que "Sistema" o el semana-

cierran el apartado dedicado a los problemas del socialismo español. Además, esta sección incluye la reproducción de la conferencia de Luis Gómez Llo-

rente en la Casa del Pueblo de la Federación Socialista Madrileña.

Otros temas incluidos en este número son las relaciones entre Estado y sociedad en México, donde recientemente el aparato estatal ha emprendido una amplia maniobra de legitimación a través de la llamada reforma política, con la celebración de elecciones legislativas en las que ha participado con plena legalidad y brillantez el Partido Comunista: 19 diputados. Junto a este trabajo de Carlos Pereyra, aparece asimismo la ponencia de Rossana Rossanda en la conferencia sobre países del Este organizada en Milán por la revista "El Manifiesto" a comienzos del presente año.

Unas notas de Ricardo Lorenzo Sanz y Héctor Anabitarte sobre la situación del Partido Comunista Argentino, de Pascual Maragall sobre el suburbio americano y de John H. Sinnigen sobre la izquierda norteamericana, cierran el sumario del vigésimo número de "Zona Abierta". ■

CINE

Imagen y música multiplicados entre sí

Dos medios de expresión, en apariencia muy distintos, pero que tienen entre sí muchas cosas en común: cine y rock, imagen y sonido: cine popular que, desde la comedia musical en adelante, ha intentado asimilar y prestar luces de plata y plástico al sonido de su tiempo. Con grandes éxitos —no olvidemos las grandiosidades del cine americano de la depresión, los espectáculos grandiosos de Busby Berkeley— y también considerables fracasos. Y es que es difícil introducir dos medios en uno solo, y muy fácil caer en la tentación de los kitsch, de la referencia continua a algo ajeno a lo que se nos quiere hacer ver está ocurriendo. Hallazgos y aciertos que son comunes a toda experiencia comunicativa, que en ella coinciden. Y que, poco a poco, van creando una nueva forma de cultura dentro de la cultura, una nueva provin-



Jimi Hendrix.

cia lúdica y fácilmente transmisible, gracias al prestigio carismático de los dos medios.

La sala Duplex Uno ha intentado hacer una recopilación de los productos más significativos de esta simbiosis, oficiando así en sus locales la ceremonia milenarista de aquello que debe acabar con la llamada "Galaxia Gutenberg". Lo que presentan no es de lo mejor. Faltan las famosas reseñas de festivales rock, "Monterrey Festival", "Woodstock"; e incluso otras, como "Easy Rider", que, sin hacer del rock parte protagonista de la película, sí le da una especial preponderancia como puntuante de la acción. Las películas que nos presentan son de muy diversa calidad y temática, y dependen en gran parte del grupo o grupos que presenten.

En primer lugar hay que citar "Keep on Rockin'", de Pennebaker. Se trata de algo de obligatoria visión para cualquier amante del rock, que puede ver ahí las intervenciones de personajes verdaderamente míticos: Bo Diddley, Jerry Lee Lewis, Chuck Berry o Little Richard: creadores todos del rhythm and blues, del rock en toda su pureza: estrellas de los cincuenta que, si bien hoy algo olvidadas, han hecho del rock lo que es; sin ellos, nada de lo que escuchamos sería lo mismo.

"Jimi Hendrix" es un documental sobre la vida del músico —guitarrista y cantante— desparecido, que murió ahogado en sus propios vómitos; hablan de él gentes que le conocieron bien, como Lou Reed, Mick Jagger, Erick Clapton; y canta el propio Hendrix. Es, más que nada, testi-